



Título: Sin Título
Técnica: Óleo sobre madera
Dimensión: 60 x 60 cm

***MAX HORKHEIMER (1895-1973).
A LOS 40 AÑOS DE SU MUERTE.
AUTORITARISMO E INJUSTICIA
EN EL SIGLO XX. TRAGEDIA O CRISIS
DE SENTIDO EN LA MODERNIDAD****

* Conferencia presentada en el Seminario Nacional de Teoría Crítica, II Seminario de Teoría Crítica, Universidad de Antioquia, Instituto de Filosofía, Medellín, 17-19 de noviembre de 2010.

Fecha de recepción: septiembre 18
Fecha de aprobación: noviembre 17

**MAX HORKHEIMER (1895-1973). A LOS 40 AÑOS DE SU MUERTE.
AUTORITARISMO E INJUSTICIA EN EL SIGLO XX. TRAGEDIA
O CRISIS DE SENTIDO EN LA MODERNIDAD**

Rafael Rubiano Muñoz*

RESUMEN

Max Horkheimer fue uno de los sociólogos más importantes del siglo XX. En el presente artículo se reconstruyen analíticamente sus notas de viajes de 1926 a 1931, publicadas con el título de “Ocaso”. Escritas bajo el estilo de aforismos, en ellas se pueden hallar las claves sobre la crisis y la decadencia de la cultura occidental a principios del siglo XX. Las reflexiones que elabora Horkheimer, en su marxismo primigenio, se refieren a la catástrofe, a las profundas transformaciones que derivaron en los preámbulos del autoritarismo, el que fundaría las bases sociales de los regímenes totalitarios. Las consecuencias de la modernidad en su tragedia estremecedora, son detectadas por Horkheimer en su escrito, por lo tanto es este un registro privilegiado de cómo se conformaron la injusticia y la irracionalidad que llevaron a la crisis de sentido del mundo y la humanidad, a la guerra y al conflicto en gran escala.

Palabras clave: autoritarismo, injusticia, irracionalidad, marxismo, modernidad, crítica.

**MAX HORKHEIMER (1895-1973). IN THE 40TH YEARS SINCE HIS DEATH
AUTHORITARIANISM AND INJUSTICE IN THE TWENTIETH CENTURY.
TRAGEDY OR CRISIS OF MEANING IN MODERNITY.**

ABSTRACT

Max Horkheimer was one of the most important sociologists in the 20th century. Presently article is reconstructed on its notes of trips analytically from 1926 to 1931, published with the title of “Ocaso”. Written under the style of aphorisms, in them they can be the keys about the crisis and the decadence of the western culture at the beginning of the 20th century. The reflections that Horkheimer elaborates, in its first Marxism, refer to the catastrophe, to the deep transformations that derived in the preambles of the authoritarianism, the one that would found the social bases of the totalitarian regimes. The consequences of the modernity in their tragedy, they are detected by Horkheimer in their writing, therefore it is this a privileged registration they conformed to the injustice and the irrationality that took to the crisis of sense of the world and the humanity, to the war and the conflict in great scale of how.

Key words: authoritarianism, injustice, irrationality, marxism, modernity, critique.

* Sociólogo y Magister en Ciencia Política. Doctorando en Ciencias Sociales de Flacso (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Argentina). Profesor Asociado. Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, Universidad de Antioquia. rafael.rubiano@gmail.com

MAX HORKHEIMER (1895-1973). A LOS 40 AÑOS DE SU MUERTE. AUTORITARISMO E INJUSTICIA EN EL SIGLO XX. TRAGEDIA O CRISIS DE SENTIDO EN LA MODERNIDAD

1. MAX HORKHEIMER: UN OBSERVADOR PENETRANTE DEL SIGLO XX Y UN PESIMISTA ILUSTRADO

Como muy pocos analistas del siglo XX, la figura intelectual de Max Horkheimer reúne sintéticamente algunas de las corrientes principales que marcarán la dirección del pensamiento sociológico en varias décadas a lo largo del siglo pasado. Su textura intelectual se compone a partir de un diálogo entre la filosofía y la sociología, un modo de reflexionar en el que se exige el rigor conceptual y ante todo, la crítica a los poderes, a las autoridades y a los fanatismos e ideologías que dominan el mundo contemporáneo. Desde muy temprano este intelectual alemán logró captar la tragedia de la modernidad occidental, la injusticia, la irracionalidad, el autoritarismo, los conflictos que incluso hoy, en la era de la globalización, se creen superados o resueltos, utilizando para ello palabras vacías, como incertidumbre, liquidez, vacío, entre otras que se han puesto de moda.

Horkheimer rehuía la falsedad, el facilismo y fue su labor una empresa que se estructuró a través de un pesimismo ilustrado que no era renunciación ni menos conformismo. Vivió una era en extremos, del Liberalismo al Totalitarismo, de la Alemania bélica a la Norteamérica de la cultura de masas. Su labor sociológica fue “desenmascarar” la realidad, su incontenible irracionalidad en la que deja traslucir, en sus notas, las tendencias intelectuales del siglo XIX y XX; Kant, Marx, Schopenhauer y Nietzsche, aparecen referidos continuamente y se destacan al interior de su variado pensamiento temprano.

Este año se rememoran 40 años de su muerte. Por ello, el presente ensayo se enfocará en una de sus producciones menos conocidas, y hará una descripción analítica de sus aforismos compilados bajo el título de “Dämmerung” (Ocaso, 1986). Estos escritos pueden ser considerados como el primer marxismo de Horkheimer. Contienen reflexiones agudas sobre la crisis de la sociedad moderna capitalista del siglo XX, y muestran cómo se enfrentaron los intelectuales de izquierda a una sociedad de guerra y de conflictos.

2. EL INTELLECTUAL Y LA POLÍTICA: DILEMAS Y DISYUNTIVAS DE LA INTELIGENCIA CRÍTICA EN EL SIGLO XX

El libro *Ocaso* se enmarca a partir de tres momentos históricos fundamentales de la conocida “Escuela de Frankfurt”; A- La época de la primera posguerra mundial; B- El fracaso de la República de Weimar de 1918 y el prólogo político que encamina el ascenso del nacionalsocialismo en Alemania en 1933; C- La Revolución Rusa de 1917. En ese contexto son comprensibles los aforismos reflexivos de Horkheimer en el siglo XX. Así lo describe un investigador de los intelectuales de dicha época, Martin Jay al inicio de su libro sobre los orígenes de la Teoría Crítica:

“Uno de los cambios de mayor alcance que trajo aparejada la primera guerra mundial, al menos en términos de su impacto sobre los intelectuales, fue el desplazamiento del centro de gravedad socialista hacia el Este. El éxito inesperado de la revolución bolchevique – en contraste con el fracaso dramático de sus imitadores de la Europa Central- creó un serio dilema para aquellos que previamente habían ocupado el centro del marxismo europeo, los intelectuales alemanes de izquierda. En rasgos generales, las opciones con que se enfrentaban eran las siguientes. En primer lugar, podrían apoyar a los socialistas moderados y su recién creada República de Weimar, evitando así la revolución y desdiciendo el experimento ruso; o en segundo término, podían aceptar el liderazgo de Moscú, unirse al partido comunista alemán, recientemente creado, y trabajar para socavar el compromiso burgués de Weimar... Hubo un tercer curso de acción, sin embargo, que surgió casi enteramente como un producto de la crisis provocada por la guerra y sus consecuencias. Esta última alternativa fue la revisión minuciosa de los fundamentos mismos de la teoría marxista, con el doble propósito de explicar los errores pasados y prepararse para la acción futura. Así comenzó un proceso que inevitablemente condujo a las regiones más pobremente iluminadas del pasado filosófico de Marx” (Jay, 1974, págs. 25-26).

Tanto la personalidad como la actitud intelectual de Horkheimer y su esfuerzo de construir una mirada crítica, se debieron en gran medida a las contradicciones que determinaron el ambiente social y político en que se fue formando el sociólogo alemán. La guerra a gran escala y la crisis que generó obligaron a los intelectuales a enfrentarse a variados dilemas y disyuntivas.

La principal inquietud que se extendió en esta época a los intelectuales, era ¿cómo responder a la inestabilidad, a la agresividad, al uso de la fuerza y la violencia que se desataron tras una era de confrontaciones y luchas a nivel mundial? Además de ¿cómo reconstruir sobre los pedazos que quedaban los referentes y las limitaciones morales, éticas y racionales borradas por lo absurdo del cataclismo y la catástrofe producidas por los hombres? Estas preguntas formulaban el reto al que debían responder los intelectuales.

Era una situación que comprometía, como en una competencia, la calidad de la observación, pero ante todo, la calidad de la reflexión y el análisis, porque la inteligencia se jugaría su valía en una sociedad en crisis que entre otras consecuencias, había aniquilado los valores liberales y democráticos, alentaba como en el teatro, desde la primera guerra mundial, el ensayo de impulsar las ideologías nacionalistas que alimentarían posteriormente los regímenes totalitarios y la ruda experiencia del comunismo real. De este modo, era una época que constituyeron los acertijos que no podían rehuirse como lo diría el sociólogo argentino Sergio Bagú y lo repite el historiador Eric Hobsbawm, encandilaba porque era la época de las catástrofes.

Algunas de esas disyuntivas propiciarían actitudes políticas disímiles a los intelectuales. En especial aquellos ligados a la izquierda en Alemania en el siglo XX. Por ejemplo, algunos optaron por la vinculación con el carácter partidista, asumiendo el voluntarismo político y rechazando la actividad del intelecto; otros por el contrario buscaron refugio, se enclaustraron en la “Torre de Marfil”, en las ideas o el conocimiento, con el progresivo desprecio político frente a los problemas sociales e históricos y algunos otros mediaron ambas actitudes, con mesura y con contemplación crítica sin derivar en los extremos. Ambos cursos de acción, partidismo e ideas, será el eje de tensión de los análisis de Horkheimer, contenidos en el libro *Ocaso*.

La era de la modernidad que suponía el “desvanecimiento” de las ideologías absolutas y de los ídolos se ha traicionado a sí misma, comenta Horkheimer. En el inicio del libro *Ocaso*, la defensa de las ideologías y de los ídolos expresan el carácter invertido de la modernidad, porque como lo admite, la exaltación de las ideologías e ídolos absolutos constituye el signo inequívoco del derrumbe y el crepúsculo de la sociedad liberal democrático europea. Horkheimer hunde su mirada penetrante en las condiciones sociales e históricas trágicas como destructivas de la sociedad democrática burguesa de los años 30 en que vivió, desentrañando sus deslices y equívocos. Para ello comenta sin ambigüedad en el aforismo titulado “Límites de la libertad”, lo siguiente:

“Por ello como ciudadano de un país todavía liberal puedes manifestarte de acuerdo con las teorías económicas del marxismo sin correr grave peligro. Puedes tratar despectivamente a los sabios más conocidos, incluso a los políticos y a los grandes de la industria del país; pero en la primera manifestación realmente despreciativa sobre Dios mismo o sobre la patria alemana, o sobre el campo de honor en el que las masas deben estar dispuestas a caer, conocerás inmediatamente en ti mismo el interés inmediato que tiene el capitalismo en la intocabilidad de éstos conceptos” (Horkheimer, 1986, pág. 40).

En el anterior comentario se anunciaba ya el alba del totalitarismo en Alemania. Valga enfatizar que en los rasgos epistemológicos del nacimiento de la Teoría Crítica,

a la que ayudó a forjar el sociólogo alemán, una de las tareas que se propusieron fue desenmascarar los poderes dominantes, la intolerancia y los extremismos que se iban encubando en toda Europa y que fueron investigados a profundidad mediante un esfuerzo no solamente de denuncia, sino en un marco literal de reflexión académica, que no dejaba de confrontar su incidencia en los avatares políticos del momento.

Frente a esta aciaga hora de tendencias absolutistas y fanáticas, se unieron muchas voces en contra del cataclismo. A través de sus vidas como a partir de su inmenso esfuerzo de reflexión y análisis son perceptibles los dramas y la tragedia que impulsaba la modernidad y la sociedad de masas. Allí concurrieron algunos de los más destacados pensadores marxistas del momento: T.W. Adorno, Walter Benjamin, Herbert Marcuse, Erich Fromm, Franz Neumann, Otto Kirchheimer, todos ellos se dieron a la tarea de desentrañar la crisis de la modernidad occidental, a partir de una diversidad de actividades en las que alternaron, con intrepidez, sus pensamientos con la influencia en la opinión pública.

Ellos enlazaron sus experiencias personales que eran contradictorias, debido entre otras razones, a la formación, la procedencia y los intereses que los alentaban, con la apuesta de construir una teoría que fuera adecuada para descifrar el momento aciago que los determinaba.

Construyeron en su empresa intelectual la herramienta que podría desenclaustrar la teoría social y anclarla a una genuina forma de la investigación social, es decir, hicieron del conocimiento un instrumento de reflexión política y de crítica social, como nunca antes se había intentado. La inteligencia alemana de izquierda definió los rasgos de una peculiar formación, esto es, aplicaron la crítica para mediar los estragos de la racionalidad occidental, pero sin derivar en posiciones que a muchos otros los indujeron a las actitudes más reaccionarias. Muchos intelectuales se plegaron a los totalitarismos, otros se vieron embrujados por la circunstancia de la Revolución Rusa, los demás cayeron rendidos a una especie de desconfianza o de nihilismo, en la que se desvanecieron tanto la imaginación como la fuerza de la utopía en aras de cambiar el curso del mundo.

Una de las características de Horkheimer –como en algunos de su generación– fue vivir el exilio. Primero en la misma experiencia europea. Salió inicialmente de Alemania, en sus años de aprendizaje y ello le puso en contacto con destacadas personalidades del mundo intelectual. Luego fue forzado a viajar a Norteamérica como muchos otros emigrados judíos alemanes que tuvieron que enfrentar la salida de su país por el ascenso del nacionalsocialismo en los años 30. De ahí se reitera que sus experiencias individuales contrastantes fueron parte fundamental de su biografía intelectual y están estrechamente conectadas con sus elaboraciones académicas e investigativas, como lo admite Carl Friedrich Geyer en un libro titulado “Teoría

Crítica: Max Horkheimer y T.W. Adorno” (1985) en la que revisa las principales tendencias teóricas en los orígenes de la teoría crítica. Geyer sustenta que:

“La atracción que el Instituto tuvo en los años veinte para estudiantes y docentes, no sólo de Alemania sino también de Europa en general, se debió a varias razones. Fue el primer instituto científico de Europa Occidental que se ocupó del marxismo y, a diferencia de las facultades de ciencias sociales de la Universidad, no era un centro de formación de funcionarios sociales. Se renunció conscientemente al ideal humboldtiano de la unidad de investigación y enseñanza, en beneficio de un puro centro de investigación” (Geyer, 1985, pág. 6).

El instituto que se conformó, conocido luego popularmente como “la Escuela de Frankfurt” fue un nicho en el que convergían los intelectuales disidentes de las diferentes disciplinas de las ciencias sociales. La idea de aplicar la investigación no se reducía a engolarse con la erudición, sino por el contrario, procuraban que ella permitiera una genuina articulación del análisis social con la crítica política de la época. Su enfoque fue interdisciplinario y confiaban en el papel de la ciencia crítica como factor preponderante del esclarecimiento, así mismo como fundamento del progreso racional de la sociedad.

En ese contexto, *Ocaso* es más que la obra fragmentaria de un viajero que recorre Alemania y la Europa Occidental, para ver sus desgarros. Más bien, es un registro fiel de la descomposición del mundo occidental, en la que sus trazados en apariencia parciales, tratan de dar cuenta del derrumbe de la totalidad social. No es un tratado de sociología, por el contrario, es la aplicación aguda y serena de la sociología, que se ocupa con los procesos de desintegración de la sociedad, mediante observaciones reflexivas y analíticas. No cabe duda, la injerencia que en los aforismos de esta pequeña obra tiene la filosofía y, en especial, el enfoque basado en el estímulo crítico de Schopenhauer.

Horkheimer acude al modo del “pesimismo ilustrado” (Sánchez, 2002, pág. 18), fuente de su inspiración en la que desmitificar y desmonopolizar las autoridades constituye una tarea ineludible del intelectual. En su ensayo: “Actualidad de Schopenhauer” de su libro (Sobre el concepto del hombre y otros ensayos, Sur, 1970), o en su otro escrito “Schopenhauer y la sociedad” del libro (Sociológica, Taurus, 1986), por solo citar algunos de los centrales en español, se nota esta fuerza gravitatoria de la observación sociológica del pensador alemán aplicada a la realidad; oponerse a los autoritarismos de turno es el máximo valor de la inteligencia en la sociedad.

Estos datos cortos aunque aproximativos de una profunda trama biográfica, ubican al lector en un detalle que tiene la obra de *Ocaso*, el de las relaciones entre el marxismo y la teoría crítica. En Horkheimer se reconoce una vida académica puesta

en el filo de la angustia de los debates entre teoría y praxis, propios de la época que experimentó. Sus aforismos fueron elaborados ocasionalmente en medio del arduo trabajo a finales de los años 20 del siglo pasado y constituyen un trozo central en los orígenes de las concepciones teóricas de la “teoría crítica”. El mismo Horkheimer afirmó que: “Este libro está ya anticuado. Los pensamientos contenidos en él son notas ocasionales de los años 1926 a 1931 en Alemania. Fueron escritos durante las pausas de un fatigoso trabajo, sin que el autor haya tenido tiempo de reposarlas. Por tanto, también están desordenadas. Contienen muchas repeticiones, incluso algunas contradicciones. No obstante, el ámbito de los temas no carece de unidad. Se refieren siempre, de manera crítica, a los conceptos de metafísica, carácter, moral, personalidad y valor del hombre, en la forma en que estos poseían en ese periodo del capitalismo” (Horkheimer, 1986, pág. 17).

Por lo anterior, se puede notar que la lectura de *Ocaso* lleva en sí una fuerza, a veces de intuición, pero profundamente reflexiva, que anuncia como antesala los contenidos programáticos más destacados del primer pensamiento marxista de Horkheimer de los años 20 al 30. Sus contenidos y postulados se verán revisados a lo largo de su vida, por la instancia del exilio en Estados Unidos, el final de la segunda guerra mundial, el regreso a Alemania en los años 50 y se reevaluarán contundentemente con el movimiento estudiantil de los 60, en particular, mayo de 1968.

Con todo, valga decir que hay todavía en los aforismos un tono de esperanza y de ilusión con la revolución, si bien es la crítica su nervio central, sus reflexiones están matizadas, como condimentadas, con la renuencia a absolutizar la razón. Sus observaciones están mediadas por la crítica a la modernidad bajo el discernimiento agudo de la tragedia del progreso y el desarrollo del capitalismo del siglo XX, como lo hurgaría con destreza Walter Benjamin en sus conocidas “Tesis de filosofía de la Historia” (1955).

Desenmascarar los poderes dominantes y des-absolutizar las relaciones del sujeto histórico con el progreso de la historia son rastros de la ejemplar labor analítica de Horkheimer en *Ocaso*. A diferencia de muchos marxistas, no encontró en el sujeto histórico la clave del progreso de la humanidad en esos momentos en sus narraciones, por el contrario se encontró con el retroceso y la decadencia en que caía, el individuo y la sociedad, cegada por un proceso de repliegue irracional, por un movimiento anti-ilustrado, que anticipaba ya la génesis política de los regímenes autoritarios.

En su aforismo del libro, titulado: “La impotencia de la clase obrera en Alemania”, (Horkheimer, 1986, pág. 85), explica esta decadencia social y política de las masas y el movimiento obrero, con cierta cautela, muestra el falso integristismo y el modo degradado en que se iba constituyendo el orden social, ampliando estos problemas,

mostrando cómo el cambio y la transformación de la sociedad europeo occidental iba encaminada a su disolución histórica. Esa disolución que ya mostraba la inclinación del liberalismo al fascismo como lo hizo ver reflexivamente Herbert Marcuse (1970) y que años después trataría ejemplarmente en sus dos ensayos significativos titulados “El Estado autoritario” y las “Enseñanzas del fascismo” de su obra “Sociedad en transición: estudios de filosofía social” (1986).

Ocaso inicia exponiendo cómo el uso de las ideologías mediante el monopolio técnico y los medios de comunicación de masas es expresión de la decadencia de occidente. La explotación de la estupidez con la manipulación mediática y la utilización de la amenaza con la ruina económica, incitan a la sumisión, a la subordinación de todos los individuos y este evento ya insinúa cómo avanza el régimen totalitario.

El totalitarismo sería un objeto de investigación central en el proyecto intelectual de Horkheimer. En sus páginas se dedica a escudriñar sus rasgos sociológicos y psicológicos, enfocados a explicar sus causas, como a descubrir sus consecuencias. En otros de sus aforismos dirá que el autoritarismo se vuelve cotidiano ya que: “Lo insospechado se ha convertido en cotidiano” (pág. 22).

Se refiere a que en las sociedades totalitarias la exaltación de la competencia, la fuerza, el heroísmo y el sacrificio –que pasa por la propaganda y los medios de comunicación a través de la ideología dominante– se introyectan como valores casi imperceptiblemente en los individuos y se extienden a la sociedad. Heroísmo y sacrificio que se absolutizan en el amor a la religión como obediencia ciega y a la patria con la exaltación de la muerte, son los signos de la decadencia de los valores de la democracia y del pensamiento liberal, por eso en el aforismo titulado “Cosmovisión heroica” muestra este rasgo que no sería exclusivo de Alemania, por lo tanto asegura que:

“La lucha contra el individualismo, la creencia en que el individuo tiene que ser sacrificado para que pueda vivir el todo, se corresponde exactamente a la situación actual... La visión heroica del mundo convierte la propia vida, aunque sea para sacrificarla, en el tema más importante... Por ello su conciencia apasionada se relaciona inmediatamente con la víctima, es decir, con la sangre y con el asesinato. La fantasía pierde de vista que la persona que fantasea entra a su vez en juego, y más allá de la distinción de los individuos, se abandona al placer de la crueldad. También los adeptos de las religiones del sacrificio tienen normalmente más presente, en la práctica, matar que morir; parecen querer comprar esa posibilidad con esta disposición y, en todo caso, no dan demasiada importancia a estas diferencias sutiles. Una investigación futura, más libre de prejuicios que la actual, quizás pueda descubrir un día en determinadas épocas también que el poder del cristianismo sobre las almas se fundamentaba en su relación con los mártires y con las llagas, y que las hogueras de la Inquisición estaban tan estrictamente ligadas al culto de la

cruz como hoy las pistolas de los “nacionalistas” con su carga de idealismo” (Horkheimer, 1986, págs. 52-53).

Obsérvese cómo se logra captar en este párrafo el interés científico de Horkheimer por el fenómeno del autoritarismo. El tema de la autoridad será uno de los ejes claves de la introspección filosófica, luego sociológica de Horkheimer. Para explicar el autoritarismo se interroga, a su vez, por la inclinación a la obediencia y a la dominación irracional, lo que arguye, cuando se ocupa de la naturaleza humana (Horkheimer, 1974). Horkheimer no consideró el autoritarismo de forma plana, ya que, como lo argumenta insistentemente, dice que cuando aumenta la obediencia y la sumisión, disminuye el entendimiento y el esclarecimiento, es decir, se falsea la Ilustración y se construye la racionalidad de dominio o la racionalidad instrumental.

Los pasajes sobre los cuales se desarrolla esta relación inversamente proporcional son amplios y generosos en Horkheimer. ¿Cómo y por qué retrocede el entendimiento en la sociedad capitalista moderna con el aumento de la obediencia irracional e inconsciente? Con ocasión de este interrogante responde que en el imperialismo de los estados europeos la “conservación del poder y su abuso dominante y violento, superan el oscurantismo de la Edad Media, porque en esta nueva era, en la que el uso de sofisticados aparatos y la vigilancia sistemática es abundante como gradual, se denota una evolución retrógrada de los estados europeos, capitalistas y liberales” (Horkheimer, 1986, pág. 19). Con los años verá que los dos sistemas sociales –capitalistas o comunistas– se aproximaban y no estaban exentos de la explotación de la obediencia.

Lo cierto es que las raíces de los totalitarismos se hallaban no solamente en la crisis de las democracias liberales, como se podría suponer en su momento, sino en un hondo proceso que tiene relación con la cultura, como con agudeza lo sostuvo Herbert Marcuse en su breve ensayo “La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado” (1934, 1970). Sin duda, *Ocaso* es un testimonio fresco y audaz de los avatares como de las sensibilidades que orientaron no pocos de los acentos intelectuales del filósofo alemán, a lo largo de su vasta producción intelectual.

De otro lado, Horkheimer conceptúa que la crisis de sentido, la falta de libertad y la injusticia extendida de la sociedad capitalista de los años 30, más que a una crisis económica, llana y simple, se debe a un proceso de crisis moral o cultural en Occidente que se deba a un proceso de larga duración. Por ello, el marxismo horkheimeriano se entrelaza, más que en descifrar la crisis desde el lente de un cambio en el sistema económico, o en los postulados de una crítica marxista de la economía política, a acontecimientos profundos que se envuelven en el tejido del pensamiento y la cultura occidental.

La noción de dominio ciego juega un papel principal en la reflexión del sociólogo alemán, en la que aspectos sociopolíticos y cotidianos se pueden percibir a través del lente de la crisis de la cultura en general, o sea, en la disolución moral que acompañó el despliegue de la Ilustración. Las composiciones reflexivas como los argumentos sobre los cuales desarrolla Horkheimer estas críticas, reflejan la angustia de su tiempo y nos dan un registro de sus observaciones más apremiantes y sistemáticas como él mismo lo expuso, pero en las que ya se confirman muchas de las intuiciones reflexivas que profundizará en sus obras clásicas: “Dialéctica del Iluminismo” (1947) y “La crítica de la razón instrumental” (1947, 1971).

Como se puede apreciar en una concisa aproximación, con horror Horkheimer se centra en el desajuste entre el sujeto y la moral, trata de desentrañar comprensivamente la capacidad de la sociedad para mutilar y para fragmentar las experiencias subjetivas ilustradas. La tendencia a parcializar la crítica social o a vulgarizarla a través de la totalidad falsa, comenta, es otra de las caras de la tragedia de la modernidad, una constante que se traduce en la renuencia formalista de la sociedad capitalista a la crítica. La “auto-conservación” del poder y la dominación neutraliza mediante los contraejemplos, la inteligencia crítica.

Este factor coloca en un lugar de especial tensión a *Ocaso*, como lo indica Horkheimer cuando afirma que: “...quien con palabras duras constata cualquier mal, una injusticia, una crueldad propia de este orden social, comenzará a oír con frecuencia que no se puede generalizar. Se señalará un contra-ejemplo” (Horkheimer, 1986, pág. 20).

Ya notaba Horkheimer cómo a los intelectuales críticos se les aplicaba la censura y el señalamiento por el modo de sus reflexiones y análisis, que eran descalificados y neutralizados mediante el odio y la persecución. Horkheimer denunciará todas aquellas tendencias intelectuales que en momentos de crisis se regocijarían con el diletantismo como con la ejemplificación autoritaria. El conocimiento crítico indispensable en la desarticulación de la falsedad o de las verdades incuestionadas que dominan el sistema social, en especial en el contexto de la modernidad capitalista, era una tarea exigente y demandaba en momentos en que dominaba el artificio o la superficialidad, el voluntarismo político o la pragmática conservadora, una firme actitud intelectual.

Por lo anterior, en el escrito titulado “Modos de sepultar”, expone las características de esta vindicación, puesto que: “El formalismo del pensamiento actual, su relativismo e historicismo, la adaptación a la conciencia dominante, que se instala inmediatamente después que aparece un gran pensamiento, la cosificación de toda la vida como un capítulo de la historia y la sociología, han introducido la costumbre de tomar los contenidos, no en su pureza, sino formalmente, de modo que todo

sea compatible con las situaciones actuales, es decir, con la ideología capitalista” (Horkheimer, 1986, pág. 36).

Los años 20 al 30, constituyeron una época de encrucijadas para la inteligencia europea por las múltiples crisis que se entrecruzan en esos años. La pérdida de sentido, el desarraigo, la guerra, la incertidumbre, figuraron como actitudes que entreveradas con el auge de las políticas del exterminio, anunciaban ya lo que Oswald Spengler escribió bajo el título de la “Decadencia de Occidente” (1918). Las respuestas de algunos de los intelectuales alemanes frente al desastre y el cataclismo fueron paradójicas en no pocos casos. Se configuraron posturas radicales, poco radicales y hasta conformistas. De la defensa de la Ilustración y su herencia, se iba a la crítica de la misma con tendencias Románticas renovadas; de las concepciones ideológicas de izquierda, intentando superar la tragedia del progreso moderno capitalista, se pasaba a aquellas otras que fundadas en un severo conservadurismo, apelaron a la reactivación de la Edad Media y al fundamentalismo cristiano religioso, vestíbulo de los nacionalismos furibundos filtrados en los regímenes que condujeron a los totalitarismos, en fin, de la revolución a la contrarrevolución, del compromiso a la indolencia.

Las respuestas de los intelectuales europeos del siglo XX, en esas tres primeras décadas, fueron disímiles. Más aún para aquellos que provenían de las tradiciones marxistas, casos como los de Georgy Lukács, Karl Korsch, Rosa Luxemburgo, fueron trágicos como inusitados sus recorridos intelectuales, a los que no cabe duda es imposible excluir, los denominados miembros de la Teoría crítica de la sociedad. Por eso es pertinente la lectura de *Ocaso*, es la antesala, la obertura, a los dilemas intelectuales de los marxistas alemanes de los años 30, en un contorno tanto de ambigüedades, vacilaciones políticas como de angustias, desasosiegos y pérdida del rumbo o del sentido de la sociedad capitalista moderna.

Avancemos presentando los contornos de este agudo observador del siglo XX, rodeamos algunas de sus actitudes y las opiniones que asumió Horkheimer en este entorno y los muchos dilemas sociales y políticos que tuvo que encarar. En el prólogo del libro *Ocaso* se dice que:

“Tanto el libro que hoy presentamos en lengua castellana como su autor no son excesivamente conocidos entre nosotros. Suele ocurrir con alguna frecuencia en la historia de la filosofía que la historiografía no está a la altura de la importancia del filósofo en la historia real de la cultura. . . Miembros de dicha Escuela, o que estuvieron más o menos vinculados a ella, como Adorno, Marcuse, Benjamin, y más recientemente Habermas, han sido con frecuencia incluso noticia periodística. Al contrario, el nombre de Max Horkheimer es un perfecto desconocido entre nosotros, si exceptuamos el estrecho círculo de algunos especialistas. Como prueba de lo dicho podemos aducir que, si repasamos la literatura especializada sobre la Escuela de Frankfurt, son mucho

más numerosos los estudios sobre los autores antes citados que sobre Max Horkheimer” (Ortega, 1986, prólogo, págs. 7-8).

En el libro coinciden algunas actitudes intelectuales, intencionadas, que son delineadas por Horkheimer. La construcción de la teoría crítica de la sociedad y la postulación de un programa intelectual de trabajo que se había reflejado en el discurso programa que en esencia fue un derrotero de las actividades investigativas que abordó en varios años, es especial su registro en el escrito titulado “la situación presente de la filosofía social y las tareas del Instituto de investigación social de Frankfurt” (1931).

El ensayo que expresaba la posesión de Horkheimer en la dirección del Instituto de Investigación Social indica que ante la crisis es menester darle rigor al análisis social, esto es, filosofizar la investigación social, reflexionar conceptualmente la investigación social. Hay que añadir que en el año de 1932 elaboró unas reflexiones con el título de “Observaciones sobre ciencia y crisis” (Horkheimer, 1974), en las que son perceptibles algunas referencias teóricas del análisis marxista y su vinculación con los problemas de la ciencia convertida en medio y modo de producción. La ciencia como instrumento de producción liquidaba su legado ilustrado y moderno, al que por lo demás, confrontó con acritud analítica en los acápites que contiene este testimonio primigenio de la teoría crítica, semblantes que aparecen constantemente en los aforismos de *Ocaso*.

Los trazos de los referentes analíticos que componen *Ocaso*, dejan ver las huellas del marxismo de la teoría crítica y se completan con el texto introductorio del volumen de 1936 concebido bajo el título de “Estudios sobre Autoridad y Familia”, cuyo prólogo “Teoría Crítica y Teoría Tradicional”, escrito por Horkheimer, constituye otro de los componentes iniciales de esta corriente intelectual en su enlace con el marxismo filosófico en el siglo XX. La transición de la filosofía marxista al análisis sociológico o mejor a la reflexión de los temas o problemas sociales contemporáneos de su entorno —es decir, los años 20 al 30— se refieren a otros asuntos capitales de la época, el problema de la libertad, la felicidad, la utopía y la crítica.

Indicativos de los iniciales esfuerzos de incorporar la teoría desde el marxismo, o de aplicar la filosofía marxista a la historia y la sociedad, además de las posturas políticas claramente definidas de socialismo contenidas allí, son perceptibles y se respaldan en muchos de los aforismos de *Ocaso*, basta señalar los titulados “De dentro afuera” (pág. 29); “Límites de la libertad” (pág. 40); “La vileza es premiada” (pág. 41); “Escepticismo y moral” (pág. 50); “Cosmovisión heroica” (pág. 52); “Discusión sobre la revolución” (págs. 55-58); “El hombre insignificante y la filosofía de la libertad” (págs. 70-73); “La impotencia de la clase obrera en Alemania” (págs. 85-91); “Indicaciones” (págs. 102-103); “Quien no quiere trabajar, tampoco puede comer” (págs. 120-121).

En ellos expone Horkheimer los contornos de una actitud de escepticismo crítico contra el modo cómo se fue transformando el sistema capitalista hacia el totalitarismo –capitalismo de Estado– que ya lo presentía en muchos de esos escritos tempranos y que los profundizará con posterioridad. Sin duda, en esta etapa Horkheimer es un entusiasta, sin absolutizar ni menos hacer apología, del proyecto socialista que le tocó vivir.

Le atrajo por la esperanza que le generaba en términos de la justicia, la libertad y la igualdad, entre otros sentidos que él mismo aduce. Son dicientes de estas dos relaciones marxismo y socialismo los aforismos ya señalados arriba, que muestran la posición política de Horkheimer como las proximidades que tuvo frente al pensamiento de Marx al que reseña con algunos problemas específicos, se destacan las reflexiones sobre el fetiche y la fetichización, la ideología, la relación hombre y naturaleza, el mercado y el intercambio, la socialización, el poder y la dominación, la técnica y la producción industrializada, el tiempo libre, entre otros problemas comentados en sus aforismos.

3. EL CATACLISMO EN EL SIGLO XX: DESAJUSTE DEL INDIVIDUO, LA MORAL Y EL PODER

En el siguiente acápite trataremos de redimensionar, analíticamente, algunos de los enfoques reflexivos sobre la crisis de sentido y la decadencia de la modernidad occidental en el siglo XX. Para Horkheimer las relaciones entre el poder y la moral estaban completamente invertidas en el capitalismo. A mayor riqueza, la disposición moral racional disminuye y en ese sentido, la inhibición para alcanzar el ascenso, el reconocimiento como el prestigio social, se obtenían al costo de los muchos que deben soportar la miseria, el hambre, la esclavitud y el sufrimiento general.

En este sentido hay una clara oposición a la tesis sociológica de Durkheim sobre el proceso de integración mediante el esfuerzo y la superación personal, la estratificación y la densidad demográfica en las sociedades modernas (Durkheim, 2006). Lo advierte Horkheimer –muy en contra de Durkheim– en su aforismo “Carácter y ascenso social”, explica cómo moral y conciencia de clase se derrumbaban en su unidad y coherencia, porque: “Este detrimento “moral” crece con la disminución del papel en el proceso de producción. En la competencia de los capataces entre sí gana a la larga, es decir, puede subir quien tiene menos inhibiciones morales, a veces simplemente el más brutal” (Horkheimer, 1986, pág. 26).

El detrimento moral no era exclusivo del proletariado ni menos del “lumpenproletariado”, sino por supuesto de las clases medias y las clases altas europeas. Una vez

más, reconoce Horkheimer que poder y moral, estructura de clases y conciencia se fueron disolviendo como disgregando, escindiéndose en la sociedad capitalista de los años 20 al 30. Con mayor agudeza Horkheimer incluso percibió, en la misma clase obrera alemana, la **Anomia** desde otra perspectiva, donde al interior de ella, las divisiones y subdivisiones amenazaban continuamente su unidad y por supuesto su “consciencia de clase”, alteraban su radicalismo o su inclinación a la revolución, lo que fue revelador de ello, a través del aforismo “La impotencia de la clase obrera en Alemania” (págs. 85-91), ya indicado aquí, es uno de los textos significativos de la reflexión social y política de Horkheimer en esta etapa.

Él mismo lo declara, cuando afirma que la atrocidad, el horror, la vileza, la ambición, la dominación y la injusticia ejercidos por los “encumbrados de las clases altas del mundo capitalista”, se introyectaron en la clase proletaria alemana. La integración de ambas clases, burguesas y proletarias –no su contrariedad o contradicción– era otra forma de pérdida de sentido según Horkheimer. La competencia, la supervivencia, la desinhibición, el conformismo, la resignación, la complacencia desde abajo, además de la renunciación y el sacrificio, la obediencia ciega al sistema, la corrupción, lo que en últimas expresaban era una forma de integración absolutista y totalitaria de ambas clases.

En un plano de divergencias aparentes que se homogeneizaban mediante el poderío social, capta Horkheimer el tránsito de la sociedad europea presta a invertirse después en el autoritarismo. Horkheimer nos deja ver trazos de las relaciones entre moral y clases sociales, en una época de transiciones políticas. En su aforismo “Escepticismo y moral” es nítida esta contienda de moral y conciencia:

“El socialismo es una forma mejor, más adecuada, de sociedad, cuyos elementos en cierto modo están presentes ya en el capitalismo. Existen “tendencias” en el capitalismo que empujan hacia un cambio del sistema. Pero es muy pobre el material de experiencia sobre cuya base aceptamos que las tendencias se impondrán realmente... Nadie se confiaría, sin ser consciente de correr un gran peligro, al atravesar un puente, sobre el abismo, cuyos principios de construcción no estuvieran basados en experiencias más exactas que las del advenimiento del socialismo. Se puede confesar uno marxista si se tiene la dosis necesaria de escepticismo. Ahora bien, la tolerancia y la benevolencia desaparecen tan pronto como a la metáfora del puente añadimos que del riesgo de llegar a la otra orilla depende que desaparezcan o no la mayor parte de las injusticias, la mutilación de las capacidades humanas, la mentira, la humillación sin sentido; en una palabra, el sufrimiento innecesario, material y espiritual. Dicho de otra manera que hay que luchar por el socialismo” (Horkheimer, 1986, pág. 50).

Esta postura de Horkheimer, socialista, no estuvo exenta de medidas como de cauletas a la luz de las relaciones entre los intelectuales y la política, toda vez que se

debía a los nexos problemáticos de los intelectuales con los partidos radicales de izquierda en Alemania. Sugiere Horkheimer que el intelectual frente a la barbarie, frente al poderío social hipostasiado y divinizado por las diversas capas sociales, tiene el deber de desenmascarar la falsa realidad, racionalidad o las falsas formas sociales.

La inteligencia crítica en una sociedad en crisis corre el riesgo de la ambivalencia y la oscilación, la ambigüedad y la vacilación. A su vez, se acentúa la persecución cuando la crítica es fundada en la verdad, en la moral, en la razón y en los argumentos. Horkheimer a lo largo de *Ocaso* muestra cómo los avatares de la inteligencia social se dan en un mundo donde la moralidad y la acción, la praxis racional se encuentran absolutamente invertidas en su coherencia como en su lógica y ligazón. Este aspecto lo profundiza en su aforismo “Discusión sobre la revolución” (págs. 55-58). Indica cómo la ambivalencia, la indecisión o la vacilación eran otros de los síntomas de la decadencia de la inteligencia social en la crisis del capitalismo, por ello en su aforismo titulado “Indicaciones”, afirmó:

“Quien tiene ojos para ver la injusticia sin sentido del mundo imperialista, en modo alguno explicable por incapacidad técnica, considerará los acontecimientos de Rusia como el constante, doloroso, esfuerzo por superar esta horrible injusticia social, o por lo menos se preguntará con el corazón palpitante si continúa este esfuerzo... Cuando a Kant le llegaron las primeras noticias sobre la Revolución Francesa, parece que cambió desde entonces su paseo habitual. También los filósofos de nuestro días perciben las brisas del alba, pero no las favorables a la humanidad, sino a favor del repugnante reino de los fantasmas de la metafísica” (Horkheimer, 1986, pág. 103).

Hay que exponer que el continuo y constante intercambio de los individuos, su trato diario, no permite una racional conciencia de sí y de los demás. La densidad y la extensión social del intercambio en la vida cotidiana obstruye antes que visibilizar las contradicciones, se naturalizan haciéndose invisibles. Esta peculiar unificación social se produce sobre la base de la destrucción y de la desintegración, al alentar la competencia, mediante la coacción, el sufrimiento y la desigualdad. Volviendo al marxismo que expresa en esta etapa temprana Horkheimer, su preocupación sobre las relaciones de clase y de conciencia son altamente digresivas como contrastantes de manera reflexiva y crítica.

La falsa conciencia, la naturalización de las contradicciones de clase, el envolvimento velado y ensombrecido u opaco de las relaciones entre las clases sociales se soporta mediante la socialización o las maneras sociales que él llama “buenos modales”. La socialización que fue el tema central de la sociología de Simmel, muy a pesar de éste, en la crisis moderna, por el contrario en Horkheimer, suavizan

o neutralizan, las luchas o las contradicciones de las clases y de su conciencia. Naturalizar las rivalidades de los sujetos en el mercado es una forma contraria de la socialización racional. Por ejemplo en el aforismo “De dentro afuera” habla de la imperceptible realidad de las relaciones subjetivas condicionadas por lo que la contradicción de clases se neutraliza, se pule o se depura bajo el capitalismo. Así lo que explica Horkheimer:

“Aunque determinadas capas de trabajadores – éstas no son tan grandes como se cree – podrían comprender, gracias a la teoría socialista, el carácter de condicionadas de las relaciones con los empresarios, no obstante ellos aceptan las relaciones dentro de la propia clase como naturales y evidentes. Más incluso éstas están constituidas por relaciones sociales transitorias, lo que se manifiesta con claridad tan pronto como se sale de ellas. Para ello no basta ciertamente la decisión propia, ni siquiera la mera reflexión. Más bien se necesita del empeoramiento de la situación social de un hombre, de su exclusión de todas las seguridades de tipo humano y social, para traer a la conciencia un relativo estar fuera respecto de las fundamentales relaciones económicas y sociales. Entonces por primera vez puede el hombre perder la fe en la naturalidad de las propias condiciones y descubrir cuántos elementos socialmente condicionados estaban contenidos en el amor, en la amistad, en la atención, en la solidaridad que lo ha nutrido. Son necesarios determinados acontecimientos para cambiar la vida de un hombre de manera irreparable” (Horkheimer, 1986, pág. 29).

En esta faceta del análisis de Horkheimer se pueden desvelar las tensiones entre los procesos micro y macro sociales alterados por las influencias condicionantes de la crisis como de la pérdida de sentido de la realidad y de la sociedad. El desajuste de la ciencia y la moral por la obstrucción entre pensamiento y acción racional, se condensan no solamente en la barbarie que recorre el mundo, sino también en la vacilación, la reclusión, la huida o la ambigüedad de los intelectuales de su tiempo, quienes apelando a la “humanidad” como artificio u ornamento, alientan su indiferencia e indecisión científica frente a los problemas humanos. Juzga Horkheimer a los intelectuales que han caído en este derrumbe moral como parte del engranaje cuya pieza del mantenimiento del sistema como de la inhumanidad se solapa con palabras superficiales, con la fama, con el éxito o con el reconocimiento, que constituyen otros de los modos de la “naturalización de las contradicciones históricas de las clases”, por ello afirma, en su aforismo una vez más citado, “Escepticismo y moral”:

“Con el tratamiento escéptico del socialismo, los intelectuales sirven al orden social dominante. Los profesores y literatos que saborean el halago, el reconocimiento y la gloria en el mundo tal como es, están todos de acuerdo en la condena “moral” de un robo criminal. Permiten tranquilamente el robo

tolerado e innumerables niños, mujeres y hombres en los estados capitalistas, y todavía más en los estados coloniales, participan en el botín. Protegen la doctrina de la sociedad socialista con lenguaje “científico”, junto a otros temas, en libros y revistas eruditos, y con gesto escéptico pasan al orden del día” (Horkheimer, 1986, págs. 52-53).

Esa atenuación de las contradicciones de clases y la conciencia, la exterioridad que se impone frente al mundo interior, a la consciencia, mediante la coacción y la violencia ejercidas a través de la exclusión y la marginalidad, como así mismo, mediante la inseguridad y la desintegración que obra por medios irracionales, son cotejadas por Horkheimer a partir de las formas de dominación que ejercen los procesos de socialización en el intercambio diario de los hombres, en los medios de comunicación y en la propaganda.

Otros aforismos, como por ejemplo, “Monadología” (pág. 20), “Ruleta” (pág. 21); “Las manos deladoras” (pág. 23), “Todo comienzo es difícil” (pág. 29); “Sobre la doctrina del resentimiento” (pág. 44), muestran esta obstrucción de la conciencia, por la mediación que en ella ejerce el sistema social, la estructura de la sociedad y en especial, la coerción del mundo del trabajo que reiteramos Horkheimer acusa como instancias veladas y encubiertas mediante la manipulación de las relaciones sociales.

Mientras más duras son las condiciones sobre las cuales se produce con intensidad el intercambio, es decir, el trato cotidiano de los individuos socializados, menor es el grado de conciencia sobre las contradicciones externas que lo produce y cuando hay conciencia de dichas contradicciones de clases, sencillamente se tramitan mediante la culpa, como lo expresa con contundencia su aforismo “Monadología” (pág. 20). A la par que Horkheimer hurga en las formas y esencia encubiertas, turbadoras de cómo el sistema capitalista neutraliza o naturaliza las contradicciones de clase y su conciencia; el sociólogo alemán une la esperanza de un mundo mejor, apostándole al socialismo y al marxismo, con discreción, sin quedarse con ello, en la denuncia sencilla de la crítica a ultranza, ni menos en la contemplación pura del mundo derruido, actitud que detestaba con aspereza.

La antesala de los valores del totalitarismo ya estaban incrustados en la crisis de la sociedad democrático liberal burguesa. Los intercambios cotidianos así como la socialización que neutraliza, suaviza y naturaliza las contradicciones de los hombres mediante la falsa idea de los “buenos modales”, el desdibujamiento de las distancias sociales mediante la falsa idea de igualdad entre los hombres, la desautorización de las contradicciones de clase, mediante el uso de la ideología de la propaganda y la técnica, eran signos no sólo ineludibles del ocaso, sino también del fracaso del proyecto Ilustrado de la modernidad a la que apelaba Horkheimer como alternativa de otra sociedad más justa y más razonable.

Es la intención de desocultar esas tramas de la violencia simbólica eficaz y eficiente, la tarea sociológica de Horkheimer. Explicó cómo en el siglo XX se enmascaraba la realidad, y mostraba el carácter velado y dañino de esta sociedad en tránsito a los autoritarismos nacionalistas. El falso sentido de la totalidad, pero la exaltación de los valores absolutos concurren como correlato de esta tragedia de la crisis moderna, con la extrapolación de las partes sociales amparados en una teorización como en una apología de lo empírico y de lo práctico que funge como falsa conciencia; asuntos que son reiterados con constancia por Horkheimer.

En el centro de la teoría crítica, ella misma es objeto de autocritica, en lo que tiene de relación con sus alcances, como en lo que tiene de vínculo en especial con el sujeto de conocimiento. Las teorías positivistas, o que se fundamentan en el positivismo, se rinden ante la realidad, los hechos fácticos, por los cuales es notoria su renuncia, su acriticidad, deben su validez a su obstinación u obsesión con la fidelidad en los hechos, con su consumación en la comprobación o la verificación, o con la testarudez con los procedimientos o el lenguaje, como más adelante lo denunció Horkheimer en sus ensayos de filosofía y sociología, (Horkheimer, 1986).

4. FALSA TOTALIDAD Y ABSOLUTISMO: LA TRAGEDIA DE LA MODERNIDAD CAPITALISTA DEL SIGLO XX. OCASO Y LOS AFORISMOS COMO ANTÍDOTO AL DOGMATISMO CIENTÍFICO.

De otro lado, al hacer una exploración analítica del sentido y del significado de la obra titulada *Ocaso* (1934), se nota que ella contiene un derrotero de las posturas científicas de Horkheimer que con posterioridad se definieron con mayor agudeza en los años 30 y 40. Aunque no se ha confiado a esta obra la suficiente superioridad con otras que se reseñan más adelante en este ensayo, en particular “Dialéctica del Iluminismo” escrita conjuntamente con T.W. Adorno y “Crítica de la Razón Instrumental”, *Ocaso* constituye uno de los preámbulos de lo que será el nervio central de la Teoría Crítica y de la personalidad intelectual de Horkheimer.

Los contenidos de los aforismos traslucen un proceso intelectual en el que se integran las preocupaciones acerca de los conflictos decisivos de su tiempo y su juventud. Como indicativo de lo anterior, es pertinente acudir al ensayo de Ignacio Mazzola titulado “Max Horkheimer y la filosofía” (2009), puesto que en sus acápites aborda las estrechas relaciones de la vida personal de Horkheimer y su evolución intelectual con la teoría crítica. Allí llega a expresar que, en esos años de estudiante, Horkheimer ya se inclinaba, en su experiencia, en su conciencia y

en su espíritu, a desentrañar las contrariedades del mundo, a descifrar la pérdida de sentido y a captar la tragedia del progreso moderno del capitalismo. Se refiere con lo anterior estrictamente a la carta que Horkheimer le envió a su primo, en la que ve de manera descarnada su comodidad a contracara de la miseria y la injusticia social dominante, por ello cita a Horkheimer quien escribe:

“¿Quién se queja por el sufrimiento? ¿Tú y yo? Nosotros somos caníbales quejándonos porque la carne de aquellos que masacramos nos produce dolor de estómago... Tú duermes en camas y te vistes con ropa producidas por gente que se muere de hambre, gente a la que forzamos y dirigimos con el tiránico látigo de nuestro dinero, y no tienes idea cuántas mujeres han desfallecido al pie de la máquina que produce el material para tu sobretodo... Es absolutamente ridículo, como si un carnicero en el matadero se pusiera triste porque su delantal blanco se mancha de sangre”. (Carta inédita, Horkheimer Archive, Staats- und Universitätsbibliothek Frankfurt; citada sin fecha en: McCole, Benhabib y Bonß, 1993b, nota al final # 11.). (Mazzola, 2009, pág. 4).

En este escrito se expresa con contundencia la inclinación hacia lo social del joven Horkheimer, frente a lo cual repara Mazzola:

“La contundencia de estas palabras es sorprendente. El incipiente análisis social aquí implícitamente contenido, expresado con crudeza y extrema acidez, permite al lector familiarizado con su obra de madurez identificar en estas palabras al fino pensador crítico-social que luego sería. Por otro lado, la dureza de este pasaje apunta ya en la dirección de su fuerte compromiso político cargado de esperanzas revolucionarias. Si tenemos en cuenta además que, por esta misma época, junto a su amigo de juventud Friedrich Pollock, Horkheimer se inicia en la lectura de filósofos como Schopenhauer, Kant y Spinoza y de escritores naturalistas y crítico-sociales como Zola, Ibsen, Tolstoy y Karl Kraus, no nos será difícil aceptar la idea de que, con aproximadamente veinte años, “Horkheimer comenzó a traducir su agudo sentido de la injusticia en términos políticos (McCole, Benhabib y Bonß, 1993b: 4)” (Mazzola, 2009, pág. 4).

Por lo demás, al acabar de delinear los pormenores de la convivencia entre teoría crítica y marxismo, lo que nos interesa es explorar el libro *Ocaso* que según algunos expertos constituye uno de los testimonios más nítidos del perfil anti-dogmático y científico que se radicalizará a lo largo de la existencia de esta corriente intelectual del siglo XX (Mazzola, 2009, pág. 3). Es de reiterar que en esta obra temprana del filósofo y sociólogo alemán se percibe una confrontación con corrientes del pensamiento filosófico dominantes en su época –la fenomenología husserliana, el positivismo científico, la metafísica moderna.

La obstinación científica por el objeto –el objetivismo puro y por el procedimiento, los métodos o la metodología– contenían según Horkheimer, una falsa idea de totalidad en teoría del conocimiento, que se refrendaba a través del poderío social de

la sociedad frente al individuo. Aún más, la declinación del sujeto ante la realidad, que hipostasía la coerción de la exterioridad frente al deterioro de la interioridad, la que va perdiendo sentido e importancia, era entre otros, el signo inequívoco de la tragedia de la modernidad y de la dialéctica de la Ilustración.

Por lo anterior, la sustantivación de la subjetividad mediante la renuncia consciente a confrontar la realidad, la absolutización de los valores personales, acusa Horkheimer, fueron otra muestra palpable de la parcialización totalizadora, la mutilación con que operaba el tránsito de la sociedad capitalista, que en sus crisis se inclinaba ya a una sociedad cuyos valores democrático liberales burgueses se ladeaban hacia su crepúsculo. Estas falsas relaciones de la totalidad con la partes, del sujeto y la sociedad son entendibles, por la magnitud que ha adquirido la racionalidad, un tipo de racionalidad instrumental, que en su dominio y poderío, aumentan la ceguera, la obediencia y la subordinación, la exaltación de la comodidad o la seguridad a ultranza, además de incentivar con su posicionamiento, la falta de Ilustración, de aspiraciones críticas y de motivaciones emancipatorias, que años más tarde tratará de manera vehemente en su ensayo “Sobre el concepto de ser humano” (1957) (Horkheimer, 2005, págs. 23-47).

El interrogante de Horkheimer se ubica en desentrañar la crisis de la sociedad democrática liberal burguesa. Su decadencia por la excesiva racionalidad y de pérdida de sentido que ella misma produce, según Horkheimer, antes que favorecer la felicidad y aumentar la libertad de las mayorías, incita a la subordinación, a la esclavitud, al dolor, al sufrimiento, al miedo y al terror.

Ello se debe preferiblemente al poderío de lo social, a la dominación de una minoría frente a esas amplias capas de la población, que subsumidas por el manejo del poder, impuesto mediante medios atroces, eficaces y sutiles, con el uso de las ideologías, la propaganda y la opinión pública, alienta la irracionalidad con instrumentos aparentemente racionales. Esta dialéctica de poder y dominación irracional, planteó un diagnóstico en Horkheimer que muchos sociológicos ya habían tratado: Marx y la alienación, Durkhiem y la Anomia, Simmel y el anonimato, Tönnies y la pérdida de los lazos comunitarios, que indicaron la catástrofe de la modernidad en los inicios del siglo XX.

Uno entre muchos de los interrogantes de Horkheimer se mueve en la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible y por qué es aceptable una sociedad que se construye a través de la intolerancia y la injusticia, la infelicidad y el autoritarismo? En este interrogante resume sintéticamente la matriz del análisis de la filosofía y la sociología de Max Horkheimer. Aduce con fuerza que la reflexión filosófica penetre la realidad social, la aprehenda y la contraste, al mismo tiempo que no rehuya en esa medida, con la asepsia que fue común a la filosofía de su tiempo, alentar el cambio y la transformación de la sociedad.

La filosofía de Horkheimer es ciencia en la medida en que “aprehende la naturaleza de las cosas y la vincula con la totalidad”, histórica primordialmente, bajo la demanda de desenmascarar las vinculaciones dañadas del individuo con el sistema social. Se inclina, además, a establecer las medicaciones entre lo parcial y la totalidad, sin derivar en los extremos. La filosofía como actividad de comprensión es ligada en Horkheimer a la altura de ciencia razonable, en la medida en que destroza los rasgos ocultos de la realidad, va abriendo las posibilidades de la consciencia que permita impulsar el cambio, descubre lo velado de las relaciones y los intercambios sociales, además que procura responder a otras interrogaciones.

En varios de sus aforismos de *Ocaso*, logra captar Horkheimer esta contienda positivista que coloca en los extremos el sujeto y el objeto, la ciencia y la experiencia, la parcialidad y la totalidad, el individuo frente al sistema, el pensamiento y la moral. La tendencia común de escindir, de rivalizar o de extrapolar mediante dicotomías a través del pensamiento científico en todas las ramas, es para Horkheimer la cifra inequívoca del *Ocaso* en el capitalismo Occidental.

Como registro de lo anterior, es importante destacar sus aforismos más representativos al respecto: “Monadología” (pág. 20), “Conceptos desacreditados” (pág. 21), “Conversaciones filosóficas de salón” (pág. 24), “El partidismo de la lógica” (pág. 25), “Peligro de la terminología” (pág. 34), “Modos de sepultar” (pág. 36), “Límites de la libertad” (pág. 40), “La vileza es premiada” (pág. 41), “Arquímedes y la metafísica moderna” (pág. 48), “Sólo se puede ayudar al todo” (pág. 49), “Metafísica” (págs. 63-64), “Trivialidades” (págs. 67-68), “El esfuerzo desinteresado por la verdad” (págs. 74-76), considerados como los más destacables en ese sentido.

Horkheimer rastrea críticamente en estos aforismos las dicotomías como las extrapolaciones que escindieron las relaciones entre ciencia y experiencia, ciencia y moral, bajo el estilo de metáforas, que van demoliendo el encubrimiento de la sociedad capitalista y a la manera de Karl Mannheim (2004), logra desenmascarar el carácter autoritario y dominante, de los supuestos científicos de su momento. Hay dos aforismos que delatan la intención crítica y la oposición amarga de Horkheimer contra el positivismo y la metafísica, el primero que elegimos, “Peligro de la terminología” (Horkheimer, 1986, pág. 34). En él, revela cómo las ciencias, incluidas la filosofía, la historia y la sociología como ciencias humanas han perdido su sustancia humana, se han positivizado.

Allí son perceptibles los inicios analíticos de la crítica del positivismo, que Horkheimer llevará a cabo a lo largo de muchos de sus escritos (Horkheimer, 1974; 1986; 2000), lo que se constituyó en eje de confrontación del filósofo de Stuttgart en sus años de formación y con posterioridad a su regreso a Alemania en los años 50 y 60, luego del exilio forzoso.

Horkheimer se enfrentó por ello contra la clasificación de las ciencias y con la filosofía como contemplación, considerados como medios instrumentales a los que acuden los científicos, para clausurar la relación entre hechos sociales e investigación, o para encubrir la dominación o la injusticia o en últimas para mantener el orden irracional del sistema social, como queda más nítidamente expresado en su otro aforismo “Inversión de las ideas” (pág. 49), que contiene otras acusaciones a ese mundo dañado del capitalismo.

Las diversas ciencias, entre ellas el derecho, la ciencia política, la historia, la filosofía y la sociología enmudecían ante la crisis y las contradicciones de la realidad. Dichas contradicciones que se suponían evidentes eran concebidas como aceptables y hasta naturales por los positivistas, además se consideraban como armónicas, de modo que allí afirma:

“Con la clasificación científica el horror del hecho es presentado en cierta manera como inadecuado... Del mismo modo se tranquilizan algunas personas en lo que se refiere a la constatación del mal en general si tienen una teoría en la que encuadrarlo” (Horkheimer, 1986, pág. 34), a lo que agrega criticando cierto marxismo positivizado que ve como ciencia afirmativa en su renuncia a la crítica y al cambio social, le imputa el que las conciencias de los intelectuales se tranquilizan e insiste en ese mismo aforismo que: “Aquí pienso también en algunos marxistas que, a la vista de la miseria, se apresuran a deducirla. Con la teorización también se puede ir demasiado lejos” (ibíd.).

La rutinización del conocimiento, el dominio del procedimiento y de la máscara metodológica, que disgregaba al sujeto como al objeto de conocimiento, diseminados en partes escindidas fueron el *sino* del *Ocaso* –decadencia– del pensamiento ilustrado, que claudicaba ante la maniobra disolvente del mundo capitalista como lo hace notar en uno de sus más perspicaces aforismos “Conversaciones filosóficas de salón” (pág. 24). El dominio del artificio y el triunfo de la superficialidad en las discusiones, la burla como la chanza con que se asumen los problemas sociales, desde la ciencias triunfantes y la vida cotidiana, la indolencia como la desidia a lo que se ha vuelto inhumano, eran signos indefectibles de que:

“El imperialismo de los grandes estados europeos no tiene nada que envidiar al medioevo con sus hogueras; sus símbolos son protegidos con aparatos más sofisticados y con guardias mejor dotados que los santos de la Iglesia medieval... El ocaso del capitalismo no anuncia necesariamente la noche de la humanidad, que hoy parece amenazarla” (Horkheimer, 1986, pág. 19), imputaciones que se hayan manifestadas en el contenido de sus primer aforismo “Ocaso”.

La rutina del pensamiento que encorva su función crítica y la infravaloración de la verdad, la que se desvía inmisericordemente con “temas importantes” que resultan

insulsos, el acomodamiento o la adaptación del pensamiento a todas las circunstancias, el encuadramiento general donde toda teoría sirve para calcular los “hechos o fenómenos sociales”, la trivialización y las modas recurrentes del pensamiento, son delatados por Horkheimer como el nuevo autoritarismo del capitalismo, como la racionalidad de dominio que se ampara o dicho de otro modo, concita a la oportuna alianza con la injusticia, el sufrimiento y el dolor de los más, lo que a la inversa trae, la tranquilidad y la seguridad de los menos. Son aspectos indicados en sus aforismos, “Ruleta” (pág. 21); “Las manos deladoras” (pág. 23); “Bridge” (pág. 38); “Reglas del Juego” (págs. 46-48).

El declive del pensamiento crítico es validado por Horkheimer en su aforismo “Conversaciones filosóficas de salón”, en el que dice:

“En algún aspecto, todo puede ser importante. Así he descubierto que una buena parte de las discusiones hay que explicarlas fundamentalmente por la competitividad personal y por el deseo de propaganda de los participantes académicos. Ellos quieren mostrar lo aptos que son para sus tareas, es decir, desviar los problemas reales mediante la educación para métodos de pensamiento oscuros y a través de la introducción de cuestiones remotas. Por consiguiente, en estas cuestiones interesa más la mera rutina, el “nivel”, que el contenido. Con frecuencia aparecen como meritorios la mera confusión y el ocultamiento de la realidad, debido a modos de expresión confusos... Como se ha dicho, en cualquier aspecto todo puede ser importante, y por lo demás, cada uno de los participantes en la discusión se preocupa de manifestar algo distinto de los demás, no sólo en lo que afecta a la importancia del tema correspondiente, sino también en lo que se refiere a los conceptos y nombres que se presenten a lo largo de la conversación. La cuestión es que a cada uno le vaya bien y salga de la batalla incruenta como especialmente inteligente y útil” (Horkheimer, 1986, págs. 24-25).

Los encubrimientos de las corrientes del pensamiento imperantes en su época son descubiertas en sus escritos, valga destacar de todos ellos: “Arquímedes y la metafísica moderna” (pág. 48); “Metafísica” (págs. 63-64), y “Modos de sepultar” (pág. 34), en los que convergen esos rasgos críticos y reflexivos del encarnado filósofo social, como lo expresa en éste último:

“Tan pronto la teoría de un hombre genial alcanza suficiente fuerza como para que necesariamente se hable de ella, comienza el trabajo de su acomodación a lo existente... Así Voltaire, Rousseau, Lessing, Kant y sus seguidores, hasta la literatura y ciencia modernas, son considerados grandes cabezas, pensadores profundos y espíritus brillantes; pero sus sentimientos, los motivos e impulsos que los animaron, el sentido de sus doctrinas, su carácter irreconciliable con la injusticia reinante, son rechazados y escarnecidos, valorados como pobres, superficiales, y si cabe perseguidos y aniquilados dondequiera que se les encuentre. Si el medioevo había condenado al infierno a los difuntos

autores de opiniones heréticas, el capitalismo desarrollado es en esto más tolerante: glorifica la grandeza, la productividad, la personalidad, la potencia en sí, pero rechaza sus efectos. Idealiza sus cualidades puras. La efigies de los filósofos y los literatos, cuyos seguidores verdaderos son despreciados y hostigados por la burguesía, son admitidas en la sala de honor” (Horkheimer, 1986, págs. 35-36).

El intelecto crítico que admira el capitalismo, aduce de nuevo Horkheimer, se suprime por las consecuencias últimas que ello trae para el bienestar social y para la humanidad. Por lo anterior, el capitalismo a los ojos de Horkheimer, desvanece la sustancia y esencia de la crítica, la acepta parcializada en razón de la conservación y el mantenimiento del sistema social, la mutila dejando sólo su aspecto formal, ya que como lo señala de nuevo Horkheimer: “...se enaltece la superstición junto con quienes quisieron librarnos de ella. Si protestáramos, los defensores de la espiritualidad dominante nos explicarían que Voltaire y el santo discurso de Juana de Arco, Robespierre y Chateaubriand son perfectamente compatibles” (Horkheimer, 1986, pág. 36).

Así mismo en el aforismo “Arquímedes y la metafísica moderna” (pág. 48), advierte que la ciencia y sus inventos se aceptan como progresos de la humanidad, pero son aprovechados dentro del sistema social en contravía de sus utilidades, para intereses y para motivos que contradicen a sus creadores como a lo creado; se fetichizan como instrumentos que pasan por el rasero de la ideología de la dominación para las elites como para las clases en el poder, se convierten así en instrumentos para la guerra y la violencia.

Es la intención del sistema de aprovecharse del científico que inventa para mejorar la humanidad, pero él ve desgraciadamente que sus inventos son utilizados como instrumentos de la destrucción y en la indiferencia frente al sufrimiento, la injusticia, la muerte, la tortura, el dolor, entre otros males. Los científicos y los filósofos preocupados más por la ciencia y por sus descubrimientos intelectuales se rinden en su actividad, ante la insospechada alienación o fetichización de su conocimiento, no hay una divergencia moral contrastante; por el contrario, su actitud moral – dañina- es la misma que aceptan los poderes ajenos y extraños, principalmente del Estado y las elites, lo que amplía Horkheimer en ese mismo aforismo citado arriba.

La ideologización de la ciencia se compadece con los absolutismos sociales inculcados mediante la propaganda y la opinión pública, lo que en una inversión notoria, implica que las ciencias en su positivización –las humanas y sociales– antes que contribuir al desvelamiento de la sociedad, afirman el status quo, encubriéndola. La rutina, el procedimiento y la repetición comprueban el desplazamiento científico en la era burguesa liberal moderna, en la que la ocultación como lo artificioso o

superficial de la realidad social, no su desenmascaramiento, sino más bien, su carácter opaco, impiden una alternativa frente a las desgracias de la humanidad y la sociedad. Por ello, en el centro de muchas de las consideraciones de la “Teoría crítica” se plantea el problema del sujeto de conocimiento, lo que además incluye al objeto de conocimiento, abriendo así la perspectiva que será el eje de su articulación, la crítica al totalitarismo o a la falsa totalidad.

En el curso de esos diversos escritos, Horkheimer repara cómo la teoría dominante absolutiza completamente la totalidad o absolutiza radicalmente la parcialidad, según las conveniencias. La trivialización del conocimiento es un rasgo con el cual la dominación se ampara con la violencia, de este modo admite:

“El sistema capitalista, en la fase actual es la explotación organizada a escala mundial. Su mantenimiento es condición de sufrimientos infinitos. En realidad esta sociedad posee medios humanos y técnicos para suprimir la miseria en su forma material más grosera. No conocemos otra época en la que existiese esta posibilidad en la medida en que hoy existe. Sólo el orden de la propiedad impide su realización, es decir, la circunstancia de que el inmenso aparato de producción de la humanidad tiene que funcionar al servicio de una pequeña capa explotadora. La totalidad de la teoría económica oficial, de las ciencias del espíritu y de la filosofía, de la escuela, la iglesia, el arte y la prensa, consideran como su tarea principal encubrir, empequeñecer, esconder o negar este hecho monstruoso” (Horkheimer, 1986, pág. 41).

5. LA TRAGEDIA DE LA MODERNIDAD: AUTORITARISMO E INJUSTICIA O LA CRISIS DE SENTIDO. DESENHEBRANDO LOS INTERCAMBIOS Y TEJIDOS SOCIALES

En los aforismos, Horkheimer nos plantea la necesidad de establecer la mediación entre ciencia y experiencia. La falsa conciencia es uno de los problemas a los que se enfrentó el sociólogo alemán, así lo consideró en su aforismo titulado “Metafísica”, cuando escribe:

“Yo no sé en qué medida tienen razón los metafísicos, tal vez haya en alguna parte un sistema metafísico, o un fragmento suyo, especialmente acertado, pero sí sé que los metafísicos, por lo general, sólo en mínima medida están preocupados por lo que atormenta a los hombres” (Horkheimer, 1986, pág. 64).

La justicia no es solamente un problema político material, lo que se hace imprescindible explicar, comprender e igualmente analizar es la aceptación de la

injusticia. Para ello, Horkheimer logra hacer visible el modo dañino de la moral y del carácter en la crisis de la sociedad moderna occidental. Ambos, carácter y moral, se desajustan en su vínculo con lo racional, en el desacoplamiento con la estratificación social y la división del trabajo, ya que como una vez más lo señala Horkheimer en su aforismo “Todo comienzo es difícil”, las convenciones sociales en la sociedad capitalista son artificiales, se pierde la naturalidad, la espontaneidad, la libertad, porque según reitera, la estratificación social y la sociedad de clases, vuelven espurios los comportamientos.

La división del trabajo, la rutina en el tiempo libre, el consumo de masas, como la cultura de masas fetichiza la realidad, desvirtuándola de su contenido esencial. La contradicción entre moral y actitudes es ineludible, así la autorrealización fracasa en una sociedad desigual y en particular, la rutinización del trabajo, la desocupación como la miseria, se conectan en la desgracia y en la falta de libertad o de liberación, ya que la realidad y la historia se naturalizan como entes inmutables, y el ciego destino se impone como irremediable e imposible de cambiar y transformar. A la luz de los argumentos de Horkheimer, el desdibujamiento de la consciencia, aún más de la consciencia de clases, tiene un indicativo en la sociedad de masas, la percepción de la igualación de las posibilidades en una sociedad que profundiza en la desigualdad, la sensación que lo imposible está al alcance de todos, mediante la cultura de masas, por lo anterior en uno de sus aforismos más perspicaces y contundentes explica:

“El siglo XX es la época de las posibilidades ilimitadas. Los logros de la técnica crecen de día en día. Capacidades que con frecuencia se admiraron como anormales, se encuentran hoy entre lo normal. Incluso las fuerzas humanas de producción se superan a sí mismas. La habilidad de los obreros ha crecido en un siglo por encima de cualquier expectativa. El gasto de energía, la puntualidad, la resistencia del individuo, se han multiplicado, no sólo en el ámbito de la industria, sino en todos los ámbitos” (Horkheimer, 1986, pág. 22).

En el siglo XX lo imposible se ha convertido en lo alcanzable, a través de la técnica; las capacidades humanas mediante la técnica han superado lo anormal para parecer normales; el arte y el consumo de masas se ha extendido y convertido en expresiones corrientes, al punto que lo impensable se vuelve común, al alcance de todos, lo que parecía superable en el pasado se vuelve accesible en el presente por medio de la técnica, de modo que “lo insospechado se ha vuelto cotidiano”. La cotidianidad de lo asombroso, de lo imposible mediante los medios de comunicación y la tecnología insensibilizan al ser humano en la cultura de masas del capitalismo, por el contrario le evitan la posibilidad de ver con claridad, con transparencia y con sentido reflexivo o crítico.

Con estos elementos, al juzgar por la pretensión analítica de Horkheimer la crueldad, la violencia, la injusticia, el abuso del poder y la dominación que doblegan a los individuos en la sociedad moderna capitalista no son ajenos al individuo, entrelazado irremediabilmente al sistema. En la medida en que se haga consciente este carácter oculto y soterrado de la dominación y el poder en la sociedad moderna, la teoría crítica alcanza su punto de aproximación a la justicia y la libertad, por la que aboga Horkheimer en una teoría racional de la sociedad, ya que como él mismo lo argüía con frecuencia y que aparece recurrentemente en sus aforismos, “violencia y armonía” se complementan: “La renuencia a la utilización de la violencia es más pura que el intento de acabar la violencia con la violencia. El pacifista está más seguro de sí mismo, y cuando él mismo experimenta la violencia, ésta no le refutará a él, que la ha detestado” (Horkheimer, 1986, pág. 27).

La violencia externa que se impone a lo interior se muestra en su aforismo “Monadología”, ya incluido en las citas. Allí se reflexiona por la imposición como absolutización del mundo exterior, de la exterioridad que suprime la interioridad, la consciencia:

“Un filósofo comparó una vez el alma humana con una casa sin ventanas. Los hombres alternan, hablan entre sí, negocian unos con otros, se persiguen unos a otros, sin que el uno vea al otro... El saber mutuo de los hombres entre sí no me parece que proceda de Dios; pienso, más bien, que esas casas tienen ya ventanas, pero que sólo dejan pasar al interior una parte pequeña y dispersa de los hechos que están fuera... solo conozco un tipo de golpe de viento que pueda abrir ampliamente las ventanas de las casas: el sufrimiento común” (Horkheimer, 1986, pág. 20).

Para Horkheimer, olvido y presentismo, omisión y pragmatismo se unen o sintetizan la esencial moral de la decadencia de la modernidad capitalista. La superación del pasado por la actualidad se denota en la frase que utiliza Horkheimer al advertir el grosero pragmatismo y materialismo social: “Las noches de San Bartolomé del imperialismo, así como el heroísmo del individuo que las contradice, constituyen lo cotidiano, de lo que la prensa habla en las “misceláneas”. Hay tantos Sócrates, Tomas Münzer y Giordano Brunos, que sus nombres están en los últimos lugares del periódico social” (Horkheimer, 1986, pág. 22).

En otro de los aforismos que denotan esta capacidad dañina de la sociedad capitalista, como su tránsito a los regímenes totalitarios, se exalta el daño y se extiende su aceptación. Lo irracional se sobrepone a lo racional, o de un modo que muestra Horkheimer, el sufrimiento es tan generalizado, próximo y cercano, que en su rutina se vuelve lejano y alejado, de su aforismo “Posibilidades ilimitadas”:

“Todo el sufrimiento de la tierra sucede ante los ojos de los habitantes de las ciudades. Cabría pensar que ahora se exigiría su reparación; pero al mismo tiempo, la cercanía se ha convertido en lejanía, pues ahora el horror de los propios conciudadanos se sumerge en el sufrimiento general, y se está ocupado en las relaciones matrimoniales de los artistas de cine. El pasado es superado en todos los aspectos por el presente” (Horkheimer, 1986, pág. 23).

Auscultadas sin ambigüedades por Horkheimer, las teorías absolutistas son ya expresión del irracionalismo de la sociedad que comparte el “destino ciego” como el carácter mismo en las que se ahincarán los regímenes totalitarios. El uso y abuso del poder, que como exterioridad impenetrable se apodera de la experiencia y de la existencia de la modernidad, constituyen el signo trágico de la impostación de la injusticia y de la falsa libertad en las sociedades europeas del siglo XX, valga una vez más reiterarlo en su aforismo inicial del libro “Ocaso”:

“Cuanto más incierta es la suerte de las ideologías necesarias más terribles son los medios con los que hay que defenderlas. El grado de celo y de terror con que son defendidos los ídolos vacilantes, muestra hasta qué punto ha avanzado ya el ocaso. El entendimiento de las masas en Europa ha aumentado con la gran industria hasta el punto de que los bienes más sagrados tienen que ser defendidos. Quien los defiende bien ya ha hecho su carrera. ¡Ay de quien dice la verdad con palabras sencillas!: además de la estupidez general y sistemáticamente explotada, con la amenaza de la ruina económica, el desprecio social, la cárcel y la muerte se impide que el entendimiento atente contra los supremos instrumentos conceptuales de dominio. El imperialismo de los grandes estados europeos no tienen nada que envidiar al Medievo con sus hogueras; sus símbolos son protegidos con aparatos más sofisticados y con guardias mejor dotados que los santos de la Iglesia medieval. Los enemigos de la Inquisición convirtieron aquel ocaso en el alba de un nuevo día; el ocaso del capitalismo no anuncia necesariamente la noche de la humanidad, que hoy parece amenazarla” (Horkheimer, 1986, pág. 19).

El absolutismo como falsa totalidad no es exclusivo de la interpretación de las concepciones teóricas del momento. Lo es, además, la absolutización de la vida diaria, el sacrificio, la lealtad, el empobrecimiento de las clases sociales, la exaltación del patriotismo, el nacionalismo como igualmente la aceptación consciente de los “valores totalitarios”. Todos ellos fueron los códigos de la decadencia como de la degradación moral de la modernidad del siglo XX, que revelándose en Horkheimer, se pueden apreciar como sus apreciaciones críticas más agudas.

El correlato o la plenitud de estas consecuencias de la crisis de la sociedad europea occidental se manifiestan en las experiencias individuales de la obediencia y el sometimiento, pero con mayor audacia, en el conformismo, la renunciación, la complacencia con la huida y la evasión, la impotencia, los que son valorados como

verdades y necesidades últimas, exaltadas programáticamente y con intencionalidad irracional, se las tiene como lo únicamente útil o socialmente aceptado en la vida colectiva. Quien con razones tiende a renunciar a este estado de sociedad se lo tiene como apátrida o como enemigo de la humanidad, máscara de la totalidad falsa, que son descubiertas y expuestas por Horkheimer en su aforismo “La impotencia de la renuncia” (Horkheimer, 1986, págs. 121-122).

En *Ocaso* se encuentran rasgos que serán continuos de las reflexiones de Horkheimer en los años 50 y 60 ya estando en Alemania; la crítica a la absolutización de la realidad, por la teoría y la acción se encuentra descrita insistentemente por Horkheimer en sus variados pasajes, a los que se deben agregar sus ensayos sociológicos recogidos bajo el título de *Sociológica* (1986), entre las que se destacan primordialmente, “Sociología y filosofía”, “La filosofía como crítica de la cultura”, “Ideología y acción”, “Responsabilidad y estudio”, “Sobre los prejuicios”, entre muchos otros. Lo que identifica a la irracionalidad de la sociedad moderna con los totalitarismos, es su capacidad para hipostasiar, quiere decir, concebir como insuperable la realidad social, intacta, inalterable, además de “naturalizada”, al amparo de los medios masivos de comunicación, la técnica y la sociedad de masas.

Al rozar apenas con algunas reflexiones de Horkheimer, en su pródigo texto, el papel de la ciencia y en especial de la crítica en las ciencias sociales no es el conformismo o la renunciación, la redención o la admiración difusa, por el contrario, ciencia e intelecto, ciencia y experiencia, han de habituarse con mayor destreza y pertinencia, a los ritmos cambiantes de las sociedades actuales, y se debe volver a esa entereza, compromiso y convicciones que solamente puede dar la crítica y la reflexividad, a una inteligencia que en la actualidad es más de imposturas y de ficciones.

En su aforismo titulado “Conversación sobre los ricos” (págs. 132-133), arguye la naturaleza invertida del orden social, el irracionalismo que la compone, como igualmente, los daños que produce y la tolerancia a la injusticia que altera la conciencia como la racionalidad de la sociedad capitalista, factores ellos que se hacen perceptibles en sus reflexiones continuamente, por ello considera que: “la vergüenza de esta sociedad no consiste en que algunos les vaya bien, sino en que a muchos les vaya mal, aunque pudiera ir bien a todos. La condena surge, no de que haya ricos, sino de que, tal como están hoy las capacidades humanas, haya pobres. Esto obliga al envenenamiento de la conciencia general por la mentira y contribuye a la ruina de esta sociedad” (Horkheimer, 1986, pág. 133).

Ante los poderes que se acrisolan y se recomponen mediante la utilización de formas sutiles y eficaces provistas por los medios de comunicación, frente a la dominación que se traslapa bajo la suspicacia de los comentaristas, que se envuelven en su cientificismo a ultranza, o a través de la utilización de la técnica y las tecnologías como

instrumentos del sometimiento y de la obediencia, la teoría crítica es la alternativa, que en su modo de construcción analítica y reflexiva, destruye las idolatrías como los ídolos que sustenta este engranaje de la desgracia, el horror, la atrocidad, el dolor, la tortura, el sufrimiento y la injusticia.

Los dilemas y disyuntivas de la inteligencia en una sociedad en guerra, en una sociedad en crisis y decadencia, en una sociedad fragmentada y que se derrumba, plantean, como hoy, el papel de la coherencia y la crítica, que se expresa con contundencia en el siguiente aforismo: “Una fábula sobre la coherencia”:

“Había una vez dos poetas pobres. Ya en tiempos de abundancia habían pasado hambre, pero ahora, en tiempos de penuria –pues un tirano cruel saqueaba para su casa los campos y las ciudades, reprimiendo muy duramente cualquier oposición–, se encontraban en trance de perecer. Entonces el tirano oyó hablar del talento de ambos y los invitó a su mesa, y, animado por la ingeniosa conversación de los poetas, prometió a los dos una succulenta pensión. Cuando regresaban, uno de ellos pensó en la injusticia del tirano y repitió la conocida acusación del pueblo. “Tú eres incoherente manifestó el otro—. Si piensas así, deberías continuar pasando hambre. Quien se siente unido a los pobres tiene que vivir como ellos”. Su camarada quedó pensativo, le dio la razón y rechazó la pensión del rey. Finalmente acabó muriendo. El otro, después de algunas semanas, fue nombrado poeta de la corte. Ambos fueron coherentes; y ambas coherencias favorecieron al tirano. La universal prescripción moral de la coherencia parece que tiene su propia peculiaridad: que es más favorable a los tiranos que a los poetas pobres” (Horkheimer, 1986, pág. 110).

Por lo anterior la pregunta que queda es cómo construir la coherencia en los momentos en que se tuerce la lógica por la fuerza de las circunstancias, en este mundo de la globalización fragmentado y parcializado. En el día de hoy existen poderes más ciegos, pero eficaces, más influyentes como introyectados, más fuerzas indomables como autoritarismos respaldados por la obediencia de los ciudadanos, la injusticia que se acepta como natural y justa, la crisis como pérdida de sentido, de este modo, Ocaso es entre otros un testimonio de la resistencia intelectual y humana para un mundo que ha perdido su rumbo.

6. BIBLIOGRAFÍA

- HORKHEIMER, Max y Adorno, Theodor W. (1970). *Dialéctica del Iluminismo*, Buenos Aires: Sur.
- HORKHEIMER, Max y Adorno, Theodor W. (1994). *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid: Trotta.
- HORKHEIMER, Max (1974). *Teoría Crítica*, Buenos Aires: Amorrortu editores.
- HORKHEIMER, Max (1973). *Teoría Crítica*, Barcelona: Barral.

- HORKHEIMER, Max (1969). *Crítica de la Razón Instrumental*, Buenos Aires: Sur.
- HORKHEIMER, Max (1974). *Eclipse of Reason*, New York: The Seabury Press.
- HORKHEIMER, Max (2002). *Crítica de la Razón Instrumental*, Madrid: Trotta.
- HORKHEIMER, Max (1982). *Historia, metafísica, escepticismo*, Madrid: Alianza, 1982.
- HORKHEIMER, Max (2001). *Autoridad y familia y otros escritos*, Barcelona: Paidós.
- HORKHEIMER, Max (1970). *Sobre el concepto de hombre y otros ensayos*, Sur: Buenos Aires.
- HORKHEIMER, Max (2005). *Sociedad, razón y libertad*, Madrid: Trotta.
- HORKHEIMER, Max (2000). *Anhelos de Justicia*, Madrid: Trotta.
- HORKHEIMER, Max (1986). *Sociedad en transición: Estudios de filosofía social*, Madrid: Planeta-Agostini.
- HORKHEIMER, Max (1986). *Ocaso*, Barcelona: Anthropos.
- HORKHEIMER, Max y Theodor W. Adorno (1986). *Sociológica*. Madrid: Taurus.
- HORKHEIMER, Max (1969). *Apuntes. 1950-1969*, Caracas: Monte Ávila.
- JAY, Martin (1974). *La imaginación dialéctica: Historia de la Escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación social (1923-1950)*, Madrid: Taurus.
- GEYER, Carl F. (1985). *Teoría Crítica: Max Horkheimer y Theodor W. Adorno*. Barcelona: Alfa.
- MARCUSE, Herbert (1970). *Cultura y Sociedad*. Buenos Aires: Sur.
- ANDERSON, Perry (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI.
- SÁNCHEZ, Juan José (2002). "Prólogo". *Crítica de la Razón Instrumental*. Madrid: Trotta.
- RUSCONI, Gian Enrico (1968). *La Teoría Crítica de la sociedad*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- ESTRADA DÍAZ, Juan (1990). *La Teoría Crítica de Max Horkheimer. Del socialismo ético a la resignación*. Granada: Universidad de Granada. .
- MARCUSE, Herbert (1970) *La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado (1934)*, en *Cultura y Sociedad*. Buenos Aires: Sur.
- BENJAMIN, Walter (2010). *Tesis de Filosofía de la Historia (1955)*, en *Tesis de Filosofía de la Historia y otros fragmentos*. Desde Abajo: Bogotá.
- SPENGLER, Oswald (1918). *La decadencia de Occidente (1918)*. Madrid: Planeta-Agostini.
- DURKHEIM, Émile (2006). *Lecciones de Sociología: física de las costumbres y del derecho*. Granada: Comares.
- SIMMEL, Georg (1927). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Revista de Occidente.
- MAZZOLA, Ignacio (2009). *Max Horkheimer y la Filosofía*, en *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*.
- MANNHEIM, Karl (2004). *Ideología y Utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. Fondo de Cultura Económica: México.